

Sombras de luz

un cuento de Lisandro G.R. inspirado en "Los estados internos"¹

Entre fantasmales, frías y oscuras sombras, enredadas como maleza seca y muerta, me pregunto: "¿por qué digo que son oscuras las sombras, si no tienen otra forma de ser?"

¿Por qué sigo acá tirado? ¿No sé si lo recuerdo o estoy imaginando haber estado en un lugar mejor? Está claro que esto es un asco y debo salir de aquí. Creo. Quizás no. No lo sé.

Un débil viejo me escucha y señala un camino oscuro con una luz al final. Siento que, en la situación en la que estoy, ir hacia allá, es la mejor opción. Pero ¿con qué fuerzas avanzar?

Entumecido, por el tiempo que llevo aquí tirado, observando esas raíces secas que cuelgan del techo, advierto que la luz que señala el viejo es la que proyecta las fantasmales sombras. Que absurdo.

Hasta recién veía fantasmas y ahora veo luz. Si el placer se hastía de sí mismo, debe ser que el sufrimiento también. Al fin y al cabo, se conectan por el mismo canal.

Hoy puedo quedarme o avanzar hacia la luz. Por dos cosas me movería de aquí: el hastío de estas frías termas fangosas y la mirada sonriente del pequeño viejo. Creo que voy a salir. Creo...

Apenas empiezo a pararme, todo se mueve y se hace difícil avanzar. No quiero seguir, es absurdo. Ahora el viejo se me hace familiar y me insiste en continuar.

¿Por qué le creería? En la situación en la que estoy, da lo mismo creerle o no creerle, seguir o no seguir, la luz o la oscuridad. Pero me propone algo diferente a lo que conozco y esto se está convirtiendo, en sí mismo, en un motor.

Dentro de todo lo caótico y confuso que es el camino y el paisaje, solo tengo claro algo, estamos subiendo. Pero no sé si el esfuerzo es por lo inclinado del plano o por lo entumecido que estaba. Tampoco entiendo si está aclarando el día o por ascender veo más que antes.

El viejo me observa contemplar la oscuridad que queda atrás. No sé cuánto tiempo llevo haciéndolo. Creo que estaba descansando. Era reconfortante. Con más luz, veo que el viejo no es tan viejo. Señala un nuevo camino, también empinado.

¹ Capítulo XIX del Libro **La mirada interna**, Silo 1973.

Qué difícil se hace el tiempo acá. No sé cuánto llevamos subiendo este trecho. En cada pisada, mientras dudo si seguir o volver, recuerdo cómo me sentía allá abajo y me arrepiento del abandono, de la soledad y de no saber quién ser y hacía dónde ir.

Ahora, el no tan viejo, insiste en seguir justo cuando estoy por sentarme en un tronco grande y seco. Miro con más atención y advierto que podría caer dentro de él. Veo que por allí se llega a la oscuridad de la que provenimos. Quizás es idea mía, pero parece que acá no hay tiempo y lugar para descansar.

Seguimos y el camino es muy frustrante. Si bien hay más luz, y esto me permite ver que el piso es de piedra rodante, siento que fracaso a cada paso, porque todo se desmorona mientras avanzamos.

El casi viejo parece flotar. El camino no lo afecta. Siempre va delante de mí. A veces se aleja, cuando me distraigo, pero vuelve a buscarme. Mientras avanzamos se robustece, parece crecer.

Llegamos a un desvío. De alguna manera, el viejo es adulto y yo sigo sin saber quién soy y hacia dónde voy. Esto me enoja mucho y estoy por resentirme ¿Cómo puede ser? El adulto señala con resolución el nuevo camino. Parece un laberinto. “Hay que seguir”, dice. Sin titubear emprendemos la marcha.

Este sendero es más ligero que los anteriores, pero con muchos recovecos. Vuelta, tras vuelta, todo se va aclarando. Incluso mis emociones son más altas y alegres. Llegamos a una posada en la que hay mucha gente.

Antes de entrar, vemos que una persona empuja a otra y ambas caen al vacío. En un rincón del edificio, un grupo de personas discute enérgicamente, cómo llegaron hasta aquí. Tengo ganas de participar de la trifulca. Siento cansancio, ciertos dolores que antes no tenía y tengo muchas cosas para decir. Pero al tiempo que interpreto que esa parte de la posada se bambolea sobre otro abismo, noto en la otra esquina, a un grupo de personas que señala por la ventana hacia la cordillera.

Me acerco con cautela a escucharlos y... no sé si lo recuerdo o lo imagino, pero siento que ya estuve allí. Están estudiando un mapa en el que evalúan por qué camino subir a la ciudad de las montañas. Les digo que recuerdo haber estado ahí y que puedo intentar guiarlos. Otros sienten lo mismo y también se proponen como guías.

Un joven entusiasta se acerca y dice que tiene todo listo para partir. Lo veo y reconozco que es el viejo. Pero ¿cómo hace este cabrón para cambiar tanto? Ahora tiene mucha fuerza y empuje. Brilla más que antes.

Tomamos la escalinata en dirección a la cúpula de la posada. Es inestable, pero el mejor camino, ya que las discusiones de abajo se pusieron muy tensas.

El sendero es estrecho y sinuoso. Voy charlando con los nuevos amigos/as y en las conversaciones advierto lo cambiante que son las cosas, su volubilidad. Un chico alegre, de unos 12 años, me dice que estamos por llegar.

El espacio está vacío. Es como una gran plataforma. No está la ciudad. Algunos comienzan a espantarse e improvisan nuevos caminos. Es un paisaje desierto. Yo también dudo sobre qué hacer. Veo caer por la ladera a los impacientes. Pero también, veo al chico y noto que siempre me fue familiar. Sentado en el piso y viendo hacía lo alto, me transmite calma y fe. Ya no dudo de él. Sé quién es y qué está haciendo.

Me acerco a esperar con el enérgico chico, la alborada. Con todo el tiempo del mundo, lentamente, sin prisa, a la velocidad que un caracol se desplaza por el universo, mi mirada recorre este espacio abierto y lleno de energía. Puedo advertir, en quienes nos acompañan, a sus viejos recuerdos transformados en jóvenes incansables llenos de alegría y vitalidad encendida.

Se hace un silencio sordo muy profundo, al tiempo que la alborada enciende el paisaje mostrándonos que la ciudad siempre estuvo allí. Para nuestro ojo cotidiano era opaco lo transparente. Un estallido de luz nos purifica y eleva. No está claro de dónde viene la luz. Nos impulsa y está en todas partes. Viene de afuera, de la gente que está y de la que no está, de nuestros recuerdos, de aquella nostálgica unidad perdida y de lo más profundo e insondable.

El paisaje se altera y en una inspiración, reconozco los signos de lo sagrado dentro y fuera de mí. Porque de lo que sucedió después, no se puede hablar. Aún no inventamos palabras para eso.

Nunca iba a salir del sin sentido de la vida tratando de encontrar quién soy en oscuras sombras. Somos luz, y como tales, no tenemos sombra.

Tampoco iba a salir de ahí sin dedicarle atención a un viejo recuerdo o sensación lejana que, tenuemente, me orientaba en una dirección divergente a lo que era mi realidad. Ni el mejor de los especuladores hubiese advertido que alimentar con atención, a tan vaga imagen, la iba a hacer crecer hasta romper los límites de la percepción, el recuerdo y la imaginación.

Paz en el corazón, luz en el entendimiento

Lisandro Gracia Romero, Parque de estudio y reflexión "La Reja, Julio 2024"

Texto vinculado a "El origen de la mística"

https://drive.google.com/file/d/1htYnPtiQGh-AjaYqsJCHNKEGNqtNJ0P5/view?usp=drive_link